

Spoiler

Lo que le pasó a Miguel no fue culpa de nadie, por mucho que nosotros fuéramos el detonante. Para mí que fue algo a lo que estaba predestinado, como si Dios —de haberlo— o la madre que lo parió, lo hubieran programado para acabar con los pies colgando a veinte centímetros del suelo, como Ian Curtis. No cabe esperar otra cosa de alguien que, a pesar de tener un don increíble, se descubre incapaz de cambiar la realidad a su antojo. Cuando comprende que la gente es más complicada que eso. Que las cosas no se hacen así.

Me tendrán que perdonar aquellos que gusten de empezar una historia por el principio y no conocer de antemano el desenlace. Aquí he decidido empezar por el final y ya todos saben la suerte que correrá Miguel —el *probe*—, de modo que no es necesario que me sigan escuchando, pues todo lo demás es paja. La razón de empezar esta casa por el tejado es que en nuestra generación ya estamos acostumbrados a que todo se vaya a tomar por culo, así que lo más honesto es impedir que se hagan falsas ilusiones.

Uno

La noche que Miguel y yo nos conocimos él estaba borracho y yo tenía la cara hecha un cristo. Cada vez que recuerdo esa época en la que saltaba de una pelea a otra, sumido en un intercambio continuo de puñetazos, dientes astillados y escupitajos sanguinolentos, me pongo a pensar en mis padres, en mis profesores y en todos aquellos adultos que capitanearon el proceso de doma de mi infancia y primera juventud. Y siento lástima. Todos hemos pasado por ese proceso, encaminado a aplacar la naturaleza salvaje que se despierta en nosotros con el primer cachete del médico, recién salimos del horno de nuestras madres. En mi caso, como en el de la mayoría, la doma funcionó, pero solo durante un tiempo. De niño siempre fui tranquilo, uno de esos canijos que se sientan en el patio del colegio a ver cómo los compañeros se persiguen unos a otros y se lanzan ondas vitales imaginarias. Uno de esos que, cuando venían mayores a casa, ayudaba a poner la mesa y no daba por culo a los amigos de sus padres para que vieran lo bien que cantaba o que pintaba o que bailaba o que hacía cualquier otra cosa digna de admiración. No tuve hermanos a los que levantarles la

mano, aunque, sospecho, de tenerlos tampoco lo habría hecho. Me gustaba quedarme calladito en un rincón, leyendo o viendo la tele, mientras dejaba que el mundo exterior siguiera su curso sin interrupciones. Habría sido un niño modélico —de esos que sirven para que los padres presuman en el mercado o en las reuniones del AMPA— de no ser porque los estudios me aburrían y apenas sacaba las notas justas para no quedarme atrás. Pero nada auguraba el cambio que pegaría en la adolescencia, y por eso siento lástima de mis padres y mis profesores: se confiaron demasiado pronto.

Hay varias personas que han tenido una influencia fundamental en mi vida. De no haberme topado con ellas ahora sería otro; con el mismo nombre, los mismos rasgos, pero otro en todo lo demás. Miguel fue una de esas personas, ya llegaremos a ello. También lo fueron Marta, Cristina, Marina y Alba, pero no tengo tiempo ni ganas de hablar de ellas. Antes de todo estuvieron mis padres, mis profesores, y para no seguir repitiéndome tanto, también estuvo David González. Es curioso que siempre nos refiramos a los viejos compañeros de clase o del trabajo por su nombre y apellido, como para recalcar que de verdad existieron, que nuestro cerebro no se los ha sacado de la chistera. David González iba a mi clase, desde que empezamos la Primaria y hasta que pasamos al baile de siglas del instituto: la ESO, la LOGSE y demás responsables de nuestra ignorancia. Varios cursos durante los que apenas intercambiamos palabra, y con apellidos tan alejados en el alfabeto que incluso cuando nos sentaban por lista ocupábamos cada uno un extremo opuesto del aula. Ejercíamos roles también opuestos; yo el

de callado que nunca llama la atención, David González el de Atlas que sustenta la clase sobre sus hombros. Mediocre en las asignaturas de humanidades, avisado en ciencias y diestro en los deportes, su padre era un don juan que antes de abandonar a su madre con el bombo le legó los genes necesarios para tener unos ojillos verdes y achuchables, un reluciente cabello castaño y una torcedura chulesca en los labios que intimidaba a los chicos y seducía a las chicas. Sería acertado pensar que todos los compañeros de clase querían ser como él, de no ser porque la norma en este país es preferir que los demás sean tan mediocres como uno mismo.

Al cabo de seis cursos, David González era listo y lo sabía. Era guapo y lo sabía. Era admirado y se jactaba. Por eso no debe extrañar a nadie la ira que lo embargó cuando Elisa Pardo, otra a la que recuerdo por su nombre y apellido y que resultaba ser la novia de David González, me dejó una notita en la mochila con un par de versos ñoños que habría copiado de algún libro. No me apetece recordarlos. Lo que sí recuerdo es que él se enteró de que su novia estaba colada por mí, ya que siempre hay alguna rata dispuesta a venderte por treinta piezas de plata, o incluso menos. Pudo ser mi compañero de pupitre durante ese trimestre, del cual, cosas de la vida, no recuerdo ni el nombre ni el apellido. Eran las tres y media de la tarde e íbamos a dar la última clase del día, quizá Sociales con don Mariano o Lengua con doña Luisa. David González atravesó con paso enérgico las filas que separaban su pupitre del mío y pegó un manotazo en mi mesa. Yo estaba leyendo un tebeo de Spiderman, levanté la cabeza sobresaltado y lo miré sin comprender. «Te espero a

la salida», me dijo, y se marchó de inmediato. Todos los niños que han escuchado esas palabras en algún momento de su vida escolar saben, por experiencia, que la amenaza pocas veces se cumplía. Pero ay de aquel al que de verdad lo esperaban a la salida, y yo también lo digo por experiencia. La furia con que David González me espetó su amenaza, escupiendo su desprecio en todas y cada una de las cinco palabras que componían la frase, me dejó sumido en un estado de irrealidad apenas interrumpido por unos pinchazos ocasionales en el estómago. Supongo que así habrán de sentirse quienes recorren por última vez la milla verde con un mono naranja, y es que hay colores más bonitos para elegir cuando se trata de los últimos que verás en tu vida.

Permanecí toda la clase aislado en mi cascarón de autómeta y no salí de mi estupor hasta que los puños de David González comenzaron a estamparse contra mi cara. Lo recuerdo como un fotograma suelto de una película muda: David González corriendo hacia mí desde la puerta del colegio al tiempo que flexionaba el brazo derecho para tomar impulso; lo recuerdo como el pantallazo azul del Windows, cuando después de los primeros golpes mi mente entró en reposo para ahorrarme la peor parte. Sé que caí al suelo; él se abalanzó sobre mí y ninguno de mis compañeros vino a separarnos. Tuvo que llegar corriendo una de las cuidadoras del patio para que David González se diera por satisfecho. Aquello acabó con su buena reputación en el colegio, pero tampoco creo que le supusiera un gran trastorno. Pronto empezaría de cero en un nuevo instituto y sus encantos innatos volverían a convertirlo en

el Atlas que todos desearían que fuera tan mediocre como ellos.

La cuidadora me acompañó al servicio para limpiarme. Tenía la nariz chorreando de sangre y se me empezó a hinchar el ojo izquierdo. Me lavó la cara con agua, me untó mercromina a conciencia y me dijo que la esperase allí un momento, que se iba corriendo a llamar a mis padres. Recuerdo perfectamente que no lloré. No sé si será lo habitual en estos casos, cuando la conmoción del momento te seca la boca y los lagrimales. Pero pasados los años he comprendido que no lloré porque algo se me había endurecido dentro. Porque siempre me había mantenido al margen, callado, sin llamar la atención, y ahora que me habían puesto en el punto de mira experimentaba un tremendo subidón de adrenalina.

Y porque poco después de que se marchara la cuidadora, cuando volví a mirarme en el espejo, comprobé que las heridas habían desaparecido sin dejar rastro.

Aquel día me fui corriendo a casa sin esperar a que volviera la cuidadora. Ya me preocuparía después de dar las explicaciones necesarias. Tuve la suerte de que aquel día dimos gimnasia, así que llevaba en la mochila la camiseta de repuesto que usaba cuando íbamos al gimnasio. Me la cambié por la camiseta manchada de sangre y la tiré a un contenedor. Cuando al fin llegué a casa, mi madre llegó corriendo preocupadísima y, en cuanto me vio, debió de pensar que la cuidadora era una histérica exagerada. No quedaba una sola prueba de la furia que habían desatado en mi compañero de clase aquellos versos ñoños guardados en mi mochila.

*

Pasaron varios días desde el encontronazo con David González (es la última vez que lo nombro, lo juro) y yo aún seguía sin comprender muy bien lo que había pasado. Lo que me había pasado por dentro, mejor dicho. De niños, en el colegio, todo el mundo ha presenciado alguna pelea, normalmente desde una distancia prudencial, y no es raro sorprenderse fantaseando con la posibilidad de que algún día seas tú el que se encuentre en medio del corrillo formado por los niños que contemplan y jalean los golpes. «¿Qué harías tú en esa situación?». Esa era la pregunta lógica, y en mi caso no me hacía grandes ilusiones: pensaba que me pondría a gritar y a llorar, encogido en posición fetal mientras rezaba para que alguien me quitara de encima a mi agresor antes de ganarme un mote para toda la vida por mearme de miedo encima. Pero no había sido así. Tampoco reaccioné como tantos otros, más seguros de sí mismos, fantasearían: respondiendo a los golpes de mi adversario y dejándolo tirado en el suelo, a mis pies, suplicando mi perdón. De hecho, no había reaccionado de ninguna manera, hasta que en aquel servicio del colegio saboreé la euforia que corría por mis venas y descubrí que mis heridas se curaban a una velocidad antinatural. Este último detalle fue el que mayores quebraderos de cabeza me produjo. ¿Cómo era posible? ¿Sería un superhéroe como los de los tebeos? ¿Esas cosas pasan en la vida real? Había días en los que pensaba que sí; en otros, se manifestaba mi vena más escéptica y pensaba que, a pesar de la intensidad de la pelea, las

heridas debieron ser superficiales y por eso se curaron tan pronto. No había forma de saberlo.

Y no la hubo hasta que una noche, dando vueltas en la cama sin poder dormir, me puse a hacerme una paja. No hacía mucho que había descubierto ese pasatiempo, un mundo nuevo por explorar que terminaba estallando sobre mi mano derecha con unas gotitas calientes y un cosquilleo vehemente entre los muslos y la ingle. Terminada la labor, me asomé sigilosamente a la puerta y tras comprobar que mis padres estaban en la cama me fui a la cocina para limpiarme. Metí las manos debajo del grifo del agua fría, aproveché para echar un trago y después miré en derredor en busca de un trapo o una servilleta con la que secarme. Fue entonces cuando se presentó la solución a mi dilema. Encima de la mesa de la cocina se había quedado la tabla y el cuchillo que mi madre había empleado para cortar un poco de embutido para la cena. Me acerqué y cogí el cuchillo con la mano derecha, la misma que un rato antes había empuñado un arma muy distinta e igual de venerada. Contemplé en su filo el reflejo de mi rostro boquiabierto mientras cruzaba por mi mente una idea absurda. Levanté la mano izquierda, extendí la palma y coloqué encima el filo del cuchillo. Agucé el oído y miré de reojo hacia la puerta; mis padres podrían aparecer de un momento a otro para echar un trago de agua o birlar un tentempié de medianoche. Volví a mirarme la palma de la mano izquierda, surcada de líneas que algunos afirman saber interpretar, y me hice una raya nueva. Desconozco si ese acto estaría escrito de antemano en alguna de ellas. El cuchillo me cruzó la mano en un visto y no visto, y a su paso dejó una raya fina y

blanquecina de la que no tardó en manar la sangre. Con ella vino un escozor que me obligó a morderme el labio para no gritar. Dejé el cuchillo en el fregadero y abrí el grifo para limpiarlo. Un hilillo carmesí descendió girando por el desagüe en el sentido de las agujas del reloj. Después volví a mirarme la mano izquierda, que estaba cubierta de sangre. La metí debajo del grifo para limpiarla y, cuando la saqué, la raja había desaparecido.

Tenía doce años y acababa de descubrir que el mundo no podía hacerme ningún daño.

Ese era mi don.

*

Todas las madres del mundo repiten alguna vez mantras tales como eso no se toca, no cojas eso, cuida que te vas a cortar y quita que quema. Cada una en su propia lengua, pero con el mismo tono inconfundible de preocupación. Mi madre no fue una excepción. Se pasó el primer trecho de mi vida previniéndome de cuanto peligro real o imaginario se me cruzara por delante, y yo, como niño casi modélico, siempre hice caso de sus advertencias hasta que el florecimiento de mi don me llevó a querer experimentar con mi cuerpo. No había fogón, estufa o cafetera hirviendo que me resistiera a tocar, provocando un siseo y un olorcillo a pellejo tostado que se desvanecían tan pronto como apartaba la mano y las quemaduras dejaban de existir. No había tijeras, cuchillos o alfileres que no quisiera introducirme en la carne, provocando una cascada de sangre que no tardaba en cesar. El dolor era casi insoportable en la mayoría de los

casos, pero la sensación de alivio era tan intensa en cuanto se me curaban las heridas que terminé enganchándome a ella como un yonqui. Una pequeña profanación del cuerpo a cambio del nirvana.

Resulta inevitable que, cuando alguien se descubre como poseedor de un don extraordinario, le entren unas ganas proporcionales de mostrárselo a los demás. O de sacarle algún provecho. En mi caso debía actuar con discreción, pues no quería que me tomaran por un perro verde ni que me metieran en un laboratorio de investigación ultrasecreto, como pasaría si viviera en un tebeo. Los adultos eran demasiado pragmáticos y realistas como para enseñarles un don tan desconcertante, y temí que, de enterarse, los chavales de mi edad me convertirían en su saco de boxeo particular. Así que opté por orientar mi don en base a lo que dictaban las reinas de mi cuerpo adolescente: las hormonas. Un día, cuando estaba en el instituto, me escabullí de la clase de Lengua y fui al parque que había detrás del centro donde estudiábamos. Sabía bien que allí me encontraría con Nieves y Alejandra, pelleras reincidentes que acostumbraban a sentarse en un banco de la zona para compartir los primeros cigarros de su incipiente adicción. Su rebeldía no llegaba mucho más allá del absentismo y de llevar un palestino anudado alrededor del cuello, pero lo consideré suficiente como para prestarse a la propuesta que iba a hacerles. Me acerqué a ellas y las saludé. Nieves me respondió con cierta desgana al tiempo que expulsaba un hilito azulado por la nariz, y Alejandra apenas dio muestras de haberme visto. No las culpo: yo no respondía a sus esquemas masculinos. Mi don me había dado mucha confianza en mí

mismo, pero por lo general seguía siendo tan callado e intrascendente como en el colegio. Ellas buscaban otra clase de tíos, igual de intrascendentes, pero con más carisma a corto plazo. Les dije qué hacéis, y ellas, ¿es que no lo ves?

—¿Me dais uno? —contraataqué, y ellas me dijeron que era el último, aunque yo sabía que estaban mintiendo.

—¿Y si hacemos una apuesta me daréis uno? —insistí.

—¿Qué apuesta? —preguntó Nieves, recelosa.

—Te apuesto a que puedo dejar la mano encima de la llama del mechero durante diez segundos.

—¿Tú eres tonto o qué, chaval? —intervino Alejandra por primera vez.

—Espera, Ali, a ver si tiene huevos —le dijo Nieves, que sonrió para sí, maliciosa—. Venga, si aguantas quince te doy el piti.

—Como quieras.

Ya habían mordido el cebo. Le dije que encendiera el mechero —yo no tenía— y lo sostuviera en alto. En cuanto lo hizo, coloqué la mano extendida sobre la llama rojiza, que imaginé tan ardiente como el fruto de sus entrepiernas. La sonrisa maliciosa de Nieves se ensanchó durante los primeros segundos, esperando que retirase la mano de un momento a otro y me pusiera a chillar como un borrico apaleado. Yo aproveché para sonreír a mi vez y pegué la mano todavía más contra la llama. Pasados los quince segundos, fue la propia Nieves la que se quemó al sostener el mechero y lo tiró al suelo.

—¿Lo veis? —dije, triunfante—. Me debéis un piti.

—Antes déjanos ver la mano —dijo Alejandra.

Se la tendí, y las dos se abalanzaron sobre ella como adivinas codiciosas. Sus rostros quedaron mudos de toda sorna y malicia tras encontrarla intacta.

—¿Cómo lo has hecho? —preguntó Nieves.

—No he hecho nada. Lo que pasa es que soy muy fuerte.

—¡Y una mierda! —exclamó Alejandra, que recobró su papel de recelosa—. Has hecho trampa o algo.

—Que no, que os digo que nada puede hacerme daño. ¿Queréis que os lo demuestre?

Las dos se quedaron calladas, con los labios fruncidos y bordeados por puntitos de acné mal disimulado.

—Venga, os hago otra apuesta. Pero más sería esta vez.

Siguieron mirándome con recelo, incapaces de discernir si aquello era una broma o no. Me senté a su lado en el banco y me quité la mochila. Abrí la cremallera y les enseñé la navaja que llevaba dentro.

—¿Qué haces con eso? —preguntó Alejandra, que en otras circunstancias se habría excitado al pensar que un novio o un amigo suyo tuviera la osadía de llevar un arma blanca entre sus cuadernos escolares.

—Si soy capaz de hacerme un corte y curarme —proseguí—, las dos me tocaréis la polla por encima del pantalón.

—Estás flipando —se apresuró a espetarme Alejandra. Saqué la navaja, la abrí y la sostuve ante sus ojos.

—Solo un poquito, con que me toquéis durante un minuto basta. ¿Va?

Alejandra me empujó hacia atrás, se levantó y me soltó un tú estás loco, chaval. Recogió rápidamente su mochila y, en cuanto se alejó unos cuantos pasos, le dijo a su amiga:

—Oye, Nieves, yo me largo que esto no tiene ni puta gracia.

Nieves no reaccionó, solo la miró de reojo brevemente antes de posar de nuevo los ojos sobre el filo de la navaja, fascinada.

—En serio, tía, yo me piro —insistió Alejandra.

Al ver que Nieves seguía sin decir nada, añadió un tú misma y se largó a toda prisa, mirando hacia atrás de vez en cuando. No tardaría en dar la voz de alarma, así que debía darme prisa.

—¿Qué me dices? —le pregunté a Nieves, que seguía contemplando la navaja con el embeleso y la desazón de quien se encuentra ante un falo descomunal—. ¿Te animas?

Por toda respuesta, Nieves asintió ligeramente con la cabeza. Sonreí y de inmediato comencé a sentir una llamada de urgencia en mi bragueta. Extendí la mano izquierda por debajo de la otra, con la que sostenía la navaja, y me pegué un tajo en mitad de la palma. Nieves ahogó un grito y se revolvió ligeramente sobre el banco. La sangre comenzó a brotar de mi mano.

—Espera un momento, ahora viene lo bueno —le dije.

Saqué un pañuelo y me limpié la sangre. Después le mostré la mano izquierda, completamente intacta.

—Y ahora te toca a ti tu parte de...

Nieves pegó un grito estridente que me impidió terminar la frase. El calor se disipó por completo de mi bragueta cuando salió corriendo despavorida, dejando a su paso la estela cobriza de su cabello castaño. Su huida fue tan imprevista que incluso se olvidó la mochila, pero pensé que no podía entretenerme buscando algún objeto íntimo en ella. Más me valía largarme de allí antes de que viniera alguien.

Jamás pudieron demostrar lo ocurrido, pues por mucho que les repitieran la historia a sus padres, profesores o amigos, nadie podía creerse que alguien fuera capaz de hacerse un corte con un cuchillo y que la herida se le curase en cuestión de segundos. Y menos aún que lo hubiera hecho alguien tan cero problemático como yo. Sin embargo, el rumor sí fue calando poco a poco entre mis compañeros de clase, y en cuanto la versión que corría por los pasillos incorporó un par de cambios oportunos, la mayoría terminó por acatarlo. Según ellos, lo que pasó fue que Nieves y Alejandra estaban hablando tranquilamente en un banco del parque cuando aparecí yo, les enseñé la navaja y les dije que les metería un tajo si no me tocaban la polla —que fuera por encima o por debajo del pantalón dependía de quién lo contara—, así que me fui ganando una fama de frustrado peligroso y perturbado sexual que se fue intensificando durante semanas, hasta que, al ver que la dirección del instituto no tomaba ninguna medida contra mí, se tornó en una ira desmedida entre los amigos más cercanos de las chicas. Un mes y medio después del incidente, me estaban esperando a la salida para dar un nuevo vuelco a mi vida.

Esta vez, el actor protagonista de la pantomima fue Jorge Díaz. Su corpulencia y sus ademanes de repetidor lo convertían en el Ares del aula, y la sola idea de tener un enfrentamiento con él provocaba que mis compañeros tragaran saliva con tanta fuerza que les salía por el culo en forma de géiser. No era listo y lo sabía. No era guapo y lo sabía. Pero le bastaba con que lo temieran. Se plantó ante mí en el mismo parque donde había tenido lugar la apuesta, rodeado por su camarilla de futuros repetidores.

—¿Este es el pavo? —les preguntó a Nieves y Alejandra, que también estaban allí. Una pregunta que bien podría haber sido retórica de provenir de alguien menos obtuso, teniendo en cuenta la evidencia de que, sí, yo era ese pavo.

—Sí —dijo Alejandra, sin mirarme—. Nos amenazó con la navaja. —Desde el primer momento, Alejandra se había sumado gustosa al nuevo devenir del rumor. Nieves, sin embargo, guardaba silencio.

Jorge Díaz no necesitó nada más para abalanzarse contra mí. Dejé que sus puños me impactaran como en aquel otro episodio en el patio del colegio, pero no me quedé a esperar la llegada de una cuidadora que pusiera fin a la pelea. A lo largo de esos meses me había acostumbrado al dolor y, cegado por la euforia que sucedió a los golpes, emprendí mi contraataque para partirle la cabeza. Jorge Díaz era mucho más fuerte, pero yo contaba con la ventaja del tiempo. Sus puños solo podían hacerme daño a corto plazo, así que lo único que tenía que hacer era resistir sus embestidas y asestarle de vez en cuando algún golpe con el que ir minándolo poco a poco. Al cabo de un rato, los dos estábamos sangrando y la camarilla que se había reunido para ver el espectáculo ya no jaleaba tanto. La crudeza de la pelea estaba empezando a darles miedo, y a más de uno le oí susurrar que alguien debía pararla. Nadie lo hizo, pero no fue necesario. Después de recibir un puñetazo que me partió la nariz, y en cuanto el subidón de adrenalina que me recorrió el cuerpo me indicó que ya se había curado, lancé un chillido de borrico harto de que lo apaleen y le descargué un codazo en el estómago. Cuando se dobló sobre sí mismo, le metí un rodillazo en la cara que lo dejó ti-

rado en el suelo. Los demás gritaron y se encogieron como si hubieran recibido el golpe. Los miré, desafiante, durante unos segundos, antes de asestarle a Jorge Díaz un patadón en las costillas. Después recogí mi mochila y me marché, sintiendo una nueva llamada de urgencia en la bragueta.

*

El resto de ese primer curso de instituto lo pasé como un ermitaño, aislado de mis compañeros de clase por el miedo que les provocaba. Y eso que, en esta ocasión, los rumores que corrieron sobre mi pelea con Jorge Díaz se quedaron muy cortos. Nadie se metía conmigo y durante un tiempo me vi envuelto en la soledad del verdadero Ares. Lo bueno del instituto es que cada curso es una nueva oportunidad para empezar de cero: los compañeros rotan, los profesores cambian, las aulas varían, y los rumores, poco a poco, se van desvaneciendo. A partir del segundo año dejé mi condición de ermitaño para convertirme en nómada, me dediqué a saltar de grupo en grupo con una facilidad pasmosa que me llevó a preguntarme si esa capacidad camaleónica para desenvolverme entre toda clase de personas también formaría parte de mi don. De hecho, cuando entablaba amistad con un nuevo grupo de gente se creaba la ilusión de que nos conociéramos de toda la vida, de que nuestra amistad sería duradera, hasta que alguna razón me llevaba a romper el hechizo y me marchaba en busca de otro grupo, dejando atrás las experiencias, el tiempo compartido y la confianza mutua forjada con aquellos amigos que, casi de un día para otro, pasarían a tenerme como un vago recuer-

do en sus mentes, como una presencia difusa que no tardarían en olvidar. Empecé a considerarme etéreo. Luego comprendí que, sencillamente, los demás me importaban una puta mierda.

Ocurrió algo similar con las chicas con las que empecé a follar en esos años de instituto. Durante el tiempo que duraba el idilio, había algo en mí que las enganchaba, que las incitaba a dar vueltas por sus dormitorios esperando a recibir mi llamada. Pero al igual que con los amigos, en ellas no quedaba huella alguna de mi paso cuando las dejaba —o me dejaban— atrás. Era casi como si no hubiera existido, como si nunca hubieran accedido a abrirse de piernas ante mi cuerpo desnudo para que las empujara durante un rato. Y eso sí que me llama la atención; la amistad puede brotar de una forma sutil, imperceptible, haces y deshaces amistades casi sin darte cuenta. Es normal que los viejos amigos me olviden. Pero ¿cómo me puede olvidar una chica que ha sufrido, disfrutado o cuanto menos accedido a mis envites, que un buen día tomó la decisión consciente de follar conmigo? Estaba descubriendo el misterio de los demás, y durante ese tiempo me olvidé de la sed de adrenalina que me embargaba el cuerpo. Fue por esa época cuando conocí a Marta, a Cristina, a Marina y a Alba, pero sigo sin querer hablar de ellas. Estuve tranquilo hasta el verano posterior al último año de instituto, cuando volví a hacer caso al ansia que manaba de mi don.

Asomado al abismo de la mayoría de edad, comencé a sentir un vacío inmenso. Estaba descolocado, ausente, incapaz de asentarme en ningún sitio por muchos grupos que probara y fuera dejando atrás. Llegó un punto en que la

mayor parte de la gente de mi edad del barrio me conocía y había compartido conmigo algún simulacro de amistad. Salía a pasear por la calle y no dejaba de alzar la mano para saludar a unos y a otros, pero sin apenas detenerme con ninguno. A algunos les basta con eso. Otros corren a asentarse lo antes posible en algún grupo para que no se les pase el arroz. Yo no. Ya no sabía si era un ermitaño, un nómada o un simple mindundi que no cuenta para nada en el esquema global de las cosas. Tras las primeras experiencias sexuales, comenzó a declinar mi interés hacia las chicas. La recompensa que extraía de ellas no compensaba el esfuerzo que conllevaba engatusarlas. Los cortes y las quemaduras también habían perdido su encanto, a base de repetirlos durante tantos años. Me sentía como un Mick Jagger al que nada satisface, por muchos placeres terrenales a los que se entregue.

Cumplí los dieciocho mientras me preguntaba por qué la biología estaba tan equivocada, dotándonos con una existencia tan larga de la que apenas recordamos los años más recientes y de la que empezamos a aburrirnos en cuanto tenemos un poco de juicio. Terminado el instituto y sin ningún trabajo a la vista, me pasaba el día tirado en la cama fumando a escondidas, soportando las charlas de mi madre, masturbándome, aguantando los sermones de mi padre, durmiendo, recibiendo broncas hasta del gato: que si tienes que ponerte a hacer algo, que si la vida ya es bastante jodida como para que tú la empeores, y demás. Pero todo me importaba una mierda.

Un día de cuarenta grados a la sombra, con las sábanas pegadas al cuerpo por el sudor, me puse a dar vueltas en la

cama mientras escuchaba en el *disc-man* un cedé de los Gits. El único que pudieron grabar como es debido, pues un hijoputa de Seattle decidió una noche que era una buena idea violar y asesinar a Mia Zapata, y acallar su voz desgarrada para siempre. Por aquel entonces llenaba parte de mi vacío con música de ese tipo, que escupe la frustración del que comprende que su generación es intrascendente y que hacerse adulto supone ponerle el culo a los que tienes por encima. A mitad de disco me cansé y pulsé el *stop* para quedarme mirando al techo en calzoncillos, como un cainómano de entre semana.

Tenía dieciocho años y estaba descubriendo que, quizá, el hecho de que el mundo no pudiera hacerme daño no era tan bueno.

Le quitaba toda la gracia al asunto.

Esa fue la primera revelación que tuve aquel día. La segunda llegó poco después, cuando me acordé de Jorge Díaz y de la imperiosa llamada de mi bragueta. Si quería que la vida volviera a tener gracia, tendría que salir a buscarla. Y eso fue lo que hice, hasta que la encontré en un intercambio continuo de puñetazos, dientes mellados y escupitajos sanguinolentos. Las peleas se convirtieron en una constante en mi vida, y de cada una extraía un pequeño gozo que daba cierto sentido a mi existencia. No se trataba de ganar o de perder, ni de que hubiera razón alguna para partirme la camiseta con otros. Se trataba de cubrir los espacios en blanco que se iban quedando en mi vida hasta que llegara el momento de ponerle fin.

*

No recuerdo cómo empezamos a encabritarnos, solo que el puerta del garito nos sacó del local a empujones para que pudiéramos seguir dándonos de hostias en la calle. Primero estaba solo él, un punki con una cresta de tres colores, chapas de Eskorbuto y botas de punta de acero. Poco después se sumaron dos amigos suyos para ayudarle a romperme la boca. Lo consiguieron, sin duda, y no fue lo único que me partieron. Estábamos en Malasaña, donde los más jóvenes jugaban a ser alternativos y los más viejos hacían como si aquello siguieran siendo los 80 y no hubiera una pareja de maderos apostada en cada esquina, donde jamás volvió a verse a Alaska ni a Almodóvar ni a su pandilla de travestis, donde solo los locales más deprimentes seguían pinchando rocanrol del bueno. Pese a sus defectos, seguía siendo un lugar ideal para buscar bronca, y yo la encontraba todos los fines de semana sin excepción. Sin embargo, empecé a temer que aquella vez se me estuviera yendo de las manos por un error de cálculo. No solo eran tres contra uno, sino que además los punkis debían de ir puestos de *speed* o de alguna sustancia igual de explosiva y barata que los impulsaba a golpearme con la ira de un Harvey Keitel sometido a un baño de rayos gamma. Formaron un círculo a mi alrededor después de tirarme al suelo y los golpes y la sangre brotaron por todos lados. Conocía bastante bien los límites de mi cuerpo, la cantidad de heridas y de dolor que podía asimilar sin correr el menor riesgo, pero aquello se estaba saliendo de las escalas. Quizá, cuando terminasen conmigo, fuera incapaz de recuperarme.

Entonces ocurrió algo extraño. Los golpes cesaron y los punkis se apartaron de mí, desconcertados. Abrieron el círculo que habían formado y echaron a correr. Por el hueco libre que dejaron apareció la luz anaranjada de las farolas, las ventanas de los atormentados vecinos de los pisos aledaños y un rostro que no había visto en mi vida. Se acercó a mí y al preguntarme qué tal estaba me bañó con una oleada de aliento a ginebra. Estaba borracho. Yo tenía la cara hecha un cristo.

Así fue como conocí a Miguel.